



## **Yamila Glardon – *Hija del Barro***

Con menos de 30 años, Yamila Glardon desarrolla una obra donde su primer aliado es su propio cuerpo. Con él pinta, esculpe, dibuja, baila, interactúa con la naturaleza fundiéndose en ella, produciendo una síntesis entre el elemento plástico y su propio ser. Es decir, su cuerpo es su instrumento, una herramienta que jamás puede disociar ni poner a descansar, lo cual hace que vea su obra en cada reflejo que le devuelve el espejo. Con un recorrido que la hizo quedar seleccionada en residencias, becas y subsidios, con estudios en talleres y clínicas de formación con artistas, críticos y curadores, la joven artista argentina residente en la ciudad de Rosario, fundamenta su hacer creativo apoyada en sus estudios de Bellas Artes con orientación en pintura, su formación Docente en Ciencias de la Educación y Medicina Tradicional China; no es casual que esta última, afecte directamente la conexión que establece Yamila entre el cuerpo y el arte.

Con la característica fundamental de repensar su historia permanentemente, sus inicios, su génesis, volver a cuestiones ancestrales que la trascienden por siglos temporalmente, Yamila Glardon busca en sus recuerdos y experiencias, la piedra fundamental desde donde nace su trabajo y descubre que es su cuerpo el primer motor inmóvil, emergiendo del barro como una creación cuasi divina, si se le permite la metáfora entre la filosofía y la religión, “*a través de mi cuerpo en acción me concibo, me armo, es decir, hay algo de lo que solo puedo decir con el cuerpo. Esa reversibilidad del tocar y ser tocado, ese tacto - contacto de uno con lo otro, me permite habitar la obra*”, dice la artista. Tomando profunda conciencia y conocimiento de su materia prima, descubriendo mutaciones nuevas a medida que pasa la vida donde tanto la esencia intangible como la materialidad física se alteran, Yamila establece diálogos internos con esa voz originaria que la guía, habitada por ecos ancestrales, y la traslada a sus performance entrando en una suerte de “trance controlado”, desarrollando movimientos que en su aleatoriedad, no dejan de revelar la bailarina que subyace en ella, haciendo de la acción un todo armónico aun en su apariencia caótica.

Siguiendo el desarrollo del concepto de “conciencia corpórea” que plantea Merleau Ponty según las palabras de la artista, su obra de -básicamente efímera, compuesta de acciones que se desarrollan en un aquí y ahora irreplicable en el tiempo- encuentra en la fotografía y el video, dos soportes que le permiten inmortalizar lo inaprensible: rescatar y preservar las acciones de ese cuerpo que construye relatos con cada movimiento y que, gracias a procesos de edición, musicalización e intervenciones de nuevas tecnologías tales como los drones, le permiten intervenir en el crudo de las performance para aportarles un contexto lúdico que invite al espectador a tener una experiencia vinculante entre la fuerte presencia física del cuerpo y los efectos audiovisuales. Desde ese lugar nacen trabajos como *Transmutación* (2018), una obra que se desarrolla al ritmo de los movimientos de su cuerpo los cuales van dejando un rastro, una huella de su paso, todo capturado en un video que registra la performance. Es interesante que Yamila define estas marcas como “*vestigios del haber habitado la obra*” porque todo su trabajo es justamente eso: cuerpos que se mueven, que toman un territorio y lo hacen propio, que lo habitan y lo sienten en la piel y dejan una marca. En este caso el cruce se produce con un Otro opuesto y complementario, que en una suerte de juego de contrastes, pone en diálogo el blanco y el negro, haciendo referencia al pensamiento binario de conceptualización típico occidental: bueno/malo, control/caos, por dar un par de ejemplos. Claramente la influencia oriental aparece en la obra en una mirada de

raigambre taoísta donde prevalece el yin-yang. Y si hablamos de Oriente, en ese caso el pensamiento es tríadico porque entre dos partes, entre dos elementos, entre dos cosas, habita el vacío. El vacío es un elemento fundamental en un trabajo como el de Yamila Glardon donde solamente habilitando ese espacio, ese intersticio como símbolo que separa pero que también une, se puede apreciar que las diferencias se nutren mutuamente y conforman una unidad vital.

En la video instalación con activación musical *Sedimentos de lo que ya no es* (2020), un enorme lienzo de casi 3x3 metros, kilos de arcilla, distintos tipos de tierra y carbón, la artista pone en escena una suerte de nacimiento de un ser que emerge de una suerte de nido y es a través del tacto y los movimientos que va vinculándose con el mundo que lo recibe. Es claro, al avanzar en la obra de Yamila Glardon, que cada pieza remite a un registro ancestral, anterior, originario, donde aun en la incipiente carrera de la artista, la coherencia de su búsqueda, la solidez de los conceptos basados en lecturas, estudios y reflexiones, hace que cada trabajo sea integrador del anterior.

*Susurros* (2021), una de sus piezas más recientes, también aborda el lenguaje del videoarte, ya a esta altura, habiéndolo hecho propio y característico. A partir de la simbología de la cosmovisión andina conocida como “Chacana o Cruz Andina”, Yamila establece un vínculo entre tres espacios o planos: el *Uku Pacha* (inframundo), *Kay Pacha* (intermedio-terrenal) y *Hanan Pacha* (superior-cielo). Los tres se fusionan en esta performance realizada en el delta del río, donde todos los poderes de esas mitologías antiguas y saberes rituales y chamánicos, se hacen presente en el movimiento de su cuerpo reptando entre los árboles para luego bajar a la tierra y en una suerte de danza sincronizada, elegante, sutil, casi como en trance, Yamila se sumerge en las aguas de lo desconocido, aquellas que contienen lo que perdemos de vista y que todo lo sustenta, como el inconsciente. Tres niveles que son uno, imbricados permanentemente. Su cuerpo se hace expansivo, se amolda a lo que el entorno pide, asume distintas posturas para mimetizarse con la naturaleza, registra los cálidos y los fríos de los elementos primarios y reacciona físicamente ante ellos, los experimenta, los siente y los adopta como propios, camuflando su actitud y su piel a lo que le sugiere la materia que habita.

Sus últimas intervenciones en el paisaje se produjeron en el marco de una residencia en la provincia de Catamarca a fines de 2021. Allí el vínculo entre el cuerpo y el entorno es llevado al límite, cuestionando las fronteras entre la naturaleza que contiene a la persona y la persona que en ella se desarrolla, en un despliegue donde la acción misma de la artista, sumergiéndose –literalmente- en el barro, integrándose a las rocas y los bosques, emula la renombrada expresión sobre “ser uno con el Universo”, con aquello que nos trasciende, con esa energía silenciosa y devastadora de la naturaleza: arena, agua, árboles y el viento que todo lo sacude, lo traslada, lo agita, lo altera. Y Yamila se deja sacudir, trasladar, agitar y alterar como una plastilina que toma las formas que dictan las circunstancias y, en esa flexibilidad, se hace más fuerte.

En las performance de Yamila Glardon su cuerpo, salido del polvo, al polvo vuelve. Y extraordinariamente, vuelve a ese lugar primigenio aun en vida.

## **Yamila Glardon – *Daughter of Mud***

With less than 30 years, Yamila Glardon develops a work where her first ally is her own body. With it she paints, sculpts, draws, dances, interacts with nature by merging into it, producing a synthesis between the plastic element and her own being. That is to say, her body is her instrument, a tool that she can never dissociate or put to rest, which makes her see her work in each reflection that the mirror returns to her. With a journey that made her be selected in residencies, scholarships and subsidies, with studies in workshops and training clinics with artists, critics and curators, the young Argentine artist residing in the city of Rosario, bases her creative work supported by her studies of Fine Arts with an orientation in painting, her teaching training in Educational Sciences and Traditional Chinese Medicine; It is not by chance that the latter directly affects the connection that Yamila establishes between the body and art.

With the fundamental characteristic of permanently rethinking her history, her beginnings, her genesis, returning to ancestral issues that temporarily transcend her for centuries, Yamila Glardon looks in her memories and experiences, the cornerstone from which her work was born and discovers that it is her body. the first immobile motor, emerging from the mud as a quasi-divine creation, if the metaphor between philosophy and religion may be permitted, *“through my body in action I conceive myself, I arm myself, that is, there is something that only I can tell with the body. That reversibility of touching and being touched, that touch - contact of one with the other, allows me to inhabit the work ”*, says the artist. Taking deep awareness and knowledge of its raw material, discovering new mutations as life passes where both the intangible essence and the physical materiality are altered, Yamila establishes internal dialogues with that original voice that guides her, inhabited by ancestral echoes, and she takes it into her performance entering a kind of "controlled trance", developing movements that, in their randomness, do not cease to reveal the dancer that lies beneath, making the action an harmonious whole even in its chaotic appearance.

Following the development of the concept of "corporeal consciousness" proposed by Merleau Ponty in the words of the artist, her work of -basically ephemeral, composed of actions that take place in a here and now unrepeatable in time- finds in photography and video, two supports that allow her to immortalize the elusive: to rescue and preserve the actions of that body that builds stories with each movement and that, thanks to processes of editing, musicalization and interventions of new technologies such as drones, enable her to intervene in the crude of the performance to provide a playful context that invites the viewer to have a binding experience between the strong physical presence of the body and the audiovisual effects. From that place, works such as *Transmutación (Transmutation, 2018)* are born, a work that develops to the rhythm of the movements of her body which leaves a trace, a trace of her passage, all captured in a video that records the performance. It is interesting that Yamila defines these trademarks as *“vestiges of having inhabited the work”* because all her work is just that: bodies that move, bodies that take a territory and make it their own, that inhabit it and feel it on the skin and leave a mark. In this case, the crossing occurs with an opposite and complementary Other, which, in a kind of game of contrasts, puts black and white in dialogue, referring to the binary thinking of a typical Western conceptualization: good / bad, control / chaos, to give a couple of examples. Clearly the oriental influence appears in the work in a Taoist roots point of view where yin-yang prevails. And if we talk about the East, in that case the thought is triadic because between two parts,

between two elements, between two things, there is a void. The void is a fundamental element in a work like Yamila Glardon's where only by enabling that space, that interstice as a symbol that separates but also unites, it is possible to appreciate that the differences feed each other and create a vital unit.

In the video installation with musical activation *Sedimentos de lo que ya no es* (*Sediments of what no longer is*, 2020), a huge canvas of almost 3x3 meters, kilos of clay, different types of earth and coal, the artist stages a kind of birth of a being that emerges from a sort of nest and it is through touch and movements that it becomes bond to the world that receives it. It is clear, when advancing in the artwork of Yamila Glardon, that each piece refers to an ancestral, previous, original register, where even in the incipient career of the artist, the coherence of her search, the solidity of the concepts based on readings, studies and reflections, makes each work integrating the previous one.

*Susurros* (*Whispers*, 2021), one of her most recent pieces, also addresses the language of video art, already at this point, having made it her own and characteristic. From the symbolism of the Andean worldview known as “Chacana or Andean Cross”, Yamila establishes a link between three spaces or planes: the Uku Pacha (underworld), Kay Pacha (intermediate-earthly) and Hanan Pacha (superior-sky). The three merge in this performance developed in the delta of the river, where all the powers of those ancient mythologies and ritual and shamanic knowledge are present in the movement of her body crawling between the trees and then descending to the ground and in a sort of synchronized dance, elegant, subtle, almost like in a trance, Yamila plunges into the waters of the unknown, those that contain what we lose sight of and that sustains everything, like the unconscious. Three levels that are one, permanently intertwined. Her body becomes expansive, conforms to what the environment demands, assumes different postures to blend in with nature, registers the warm and cold of the primary elements and physically reacts to them, experiences them, feels them and adopts them as her own, camouflaging her attitude and her skin to what the matter that she inhabits suggests.

Her last interventions in the landscape took place in the framework of a residence in the province of Catamarca at the end of 2021. There the link between the body and the environment is taken to the limit, questioning the borders between the nature that contains the person and the person who develops in it, in a display where the artist's own action, literally submerging herself in the mud, integrating herself with the rocks and the forests, emulates the renowned expression about “being one with the Universe”, with that that transcends us, with that silent and devastating energy of nature: sand, water, trees and the wind that shakes everything, moves it, waves it, alters it. And Yamila lets herself be shaken, moved, waved and altered like a plasticine that takes the forms dictated by circumstances and, in that flexibility, becomes stronger.

In Yamila Glardon's performances her body, out of the dust, returns to the dust. And extraordinarily, she returns to that primeval place while still alive.

Lic. María Carolina Baulo, December 2021